

Galería de estrenos

CIELO PROHIBIDO

Cuando ya planeábamos una fuga más o menos merecida de los cines y de todos los sitios que pudieran tener olor a celuloide, durante estos días dedicados a esa clase de fugas, nos cayeron de sopetón y sin anuncio previo de ninguna naturaleza, tres novedades destinadas a aumentar la discreta cuenta de estrenos de esta semana. Dos de ellas las ofreció la "Republic" en una sala de barrio, y la excursión turística tuvo así como meta... los alrededores de la Estación Pocitos.

"Cielo prohibido" y "Curandero de almas", los dos impensados estrenos, nos permitieron comprobar algo que se nos había olvidado por completo a fuerza de frecuentar las salas céntricas, donde un público elegante y escéptico, que se ha hecho la obligación de asistir a todas las "premières" de alguna importancia, ha perdido a fuerza de buena educación la facultad de manifestarse con la fuerza explosiva y con la pasión de una verdadera masa de espectadores. Hay que ver como le saca el jugo ese público de barrio al importe del billete de admisión, y con qué ganas ríe de lo que a cualquier otro público lo dejaría tan indiferente. Confieso que esa gente me dio envidia, y que de buena gana me cambiaría por el "habitué" de los sábados que ahorra trabajosamente sus treinta y cinco centésimos y extrae el máximo de entretenimiento de ellos y de las películas mediocres que alguna vez se le sirve por esa cantidad.

Hecho este preámbulo sentimental, diremos que "Cielo prohibido" justifica el silencioso y remoto estreno con su lirismo de segunda mano y con la extrema economía empleada en retratar ese caso de cuatro desocupados, muertos de hambre, que invaden una casa deshabitada para constituir una familia postiza. Economía de luces. De ingenio en el diálogo. De criterio cinematográfico. Y no diremos de intérpretes adecuados, porque en la película resucita Beryl Mercer, dejada de lado por las grandes productoras. Ignórase por qué causa. Así como Charles Farrell, que estuvo viviendo de rentas demasiados años de su éxito en "El séptimo cielo", sin justificarlo nunca posteriormente.

CURANDERO DE ALMAS

Si no fuera porque se oye un diálogo pedestre en todo el curso de la proyección de este segundo estreno ofrecido por la sala de extramuros, diríase que se trata de una muestra típica del cine de 1921: película común y corriente en que el doctor sacrificado, el enfermito paralítico, la enfermera que ama en silencio y la rica caprichosa que aparta al doctor de su apostolado pasean su rivalidad por siete actos terminados con el inevitable acontecimiento cruento. Esta vez es el incendio de un bosque. Y como tantas otras, el "curandero de almas" no resulta el doctor, sino el incendio, que hace correr al paralítico en bicicleta.

En la lentitud de la acción, la falta de detalles chispeantes y la chatura de la labor fotográfica es donde se advierte la procedencia de la película, que las grandes productoras hubieran defendido con otros recursos, aunque probablemente con idéntico resultado negativo. No así en el grupo de intérpretes, compuesto por figuras que aún tienen sitio en los elencos de las compañías principales, aunque es de suponer que por lo que respecta a Karen Morley ello ocurre cada vez más de tarde en tarde. Es prohibitiva para la pantalla la fealdad —así que su flacura extrema le ha venido acentuando en los últimos tiempos. Si sigue así, el día en que Karen haga una guiñada la van a confundir con una aguja. Ralph Bellamy hace con su simpática despreocupación de siempre el rol de un Emile Coué con ropa de "sport" y cabello ondulado, y Robert McWade y J. Farrell McDonald ofrecen, como otras veces, las dos interpretaciones más convincentes, más justas y coloridas de la pobrecita película.

“EN POS DEL AMOR”

Contaba esta producción con la que "Metro-Goldwyn-Mayer", para complicarnos la existencia, se permitió hacer una breve incursión en el Estudio Auditorio, con uno de los repartos más interesantes de estos últimos tiempos. Y con un director que en sus quince años de carrera como tal ha ofrecido no pocos aciertos. Pero estaba decretado que para salvar el nivel de esta semana mediocre no eran suficientes ambas garantías. Lo que se destaca más "En pos del amor" —por comparación con películas de dos años más tarde— es la escandalosa rapidez con que ha crecido Mickey Rooney. Pero nosotros no somos de la familia del pequeño actor, y por otra parte lo mismo salta a la vista en "El curandero de almas". Todo el crédito de Víctor Fleming, director de películas dramáticas y otrora amiguísimo de los espacios abiertos, es, por otra parte, una escena revisteril desarrollada en una especie de taberna mejicana y un jaleo de órdago que los espectadores le dan a la "estrella" sospechada de asesinato: escena nueva en el cine y que, como ninguna de las de "En pos del amor", tiene la virtud de suscitar una reacción en el espectador —así sea ella la de enervamiento.

Nos parece muy bien que Jean Harlow salga de persona atrevida —"reck-less", como lo dice el título— jugando sus sensacionales caderas y su turbadora voz bronca, en vez de hacer de honesta madre de familia y de purísima "jeune fille". Pero a la mitad de la película nos echan el gozo al pozo. Y el atrevimiento se transforma en abnegación maternal: única manera que la censura de Hays permitiera el título y sus pequeños justificativos. Nos parece ya menos bien que Franchot Tone haya aceptado ese personaje desdibujado y tonto, que se suicida y se tortura porque sí y que sólo ha de ganarle la antipatía del público. Y muchísimo menos bien nos parece que William Powell se resigne a hacer el saltimbanqui en determinadas escenas y en otras, a lo sumo, un discurseador frío e inocuo.

Notas de R. A. D.